

LAS VICTIMAS



Hanane Sakhman, ama de casa marroquí, deposita el mensaje 'No al terrorismo' en árabe en la Cúpula de Atocha. / RICARDO CASES



Una usuaria llora al llegar, a primera hora, a la terminal de Cercanías de Atocha. / R. C.



Un improvisado mural con mensajes para las víctimas cerca de la calle Téllez. / R. C.

E. PASTOR
MADRID.- El silencio es impresionante. Vacío y con ecos. La Atocha ruidosa de los viernes, llena de viajeros, se quedó ayer muda, guardando el luto, sobrecogida por la masacre. A las 7.40 horas del 12 de marzo, 24 horas justas después de la primera explosión, los pasillos, escaleras y andenes de la terminal de Cercanías están prácticamente desiertos. Circulan algunos viandantes, pero tan en silencio que casi son invisibles.

«Vengo de Fuenlabrada. En mi vagón íbamos 20 personas cuando normalmente no me puedo ni sentar. Todos en silencio, como en un velatorio. Al llegar a Atocha hemos pasado al lado del tren que explotó. Todavía estaba allí, destrozado. Muchos nos hemos puesto a llorar. No esperábamos ver la tragedia tan de cerca». A Margarita Salcedo, una trabajadora de 42 años, le ha costado volver a pisar aquel andén donde, el día anterior, vio la muerte por televisión. Conteniendo las lágrimas, recuerda que ayer no vivió la explosión por escasos minutos: perdió el tren que siempre la deja en Atocha a las 7.40.

Por la vía 8, una de las tres que estaban operativas a primera hora, la fila de pasajeros que emerge de la línea C5 tiene un aire espectral, de otro mundo. Con lágrimas en los ojos, estremecidos, mudos... Algunos se santiguan al pisar el andén. La desolación se nota en las caras, también en la de los empleados de Renfe. Hoy reina un silencio inquietante.

Una nube de periodistas, casi más numerosos que los usuarios, es testigo del lento goteo de viajeros. Por todas partes, un ejército de guardias de seguridad y de policías nacionales.

Atocha, templo de silencios y plegarias

Un día después de la tragedia, la estación amanece casi desierta, con dolor en los rostros y homenajes para las víctimas

Afinando la vista, casi oculto por una curva, se intuye a lo lejos el tren que estalló, un día antes, en esta misma estación. El acceso a la vía 2, escenario de aquella masacre, se encuentra cerrado. Una valla de color verde oculta el escenario de la vista. Desde arriba, se ve cómo los servicios de limpieza se afanan en recoger los restos, siguiendo a los inspectores que buscan las últimas pruebas. En las vías hay cascotes y despojos de pertenencias de los viajeros. Incrustados en las paredes quedan impactos de metralla.

Entre los empleados de Atocha todavía se escuchan relatos estremecedores. Unas horas antes, los compañeros del turno de noche encontraban una cabeza en la vía 6 y restos humanos en la 10. Ambas están a decenas de metros del andén donde se produjo la explosión.

Arriba, la quiosquera que recibe a los viandantes con las malas noticias del día parece también desolada, confundida. «Los trenes llegan vacíos, nadie se ha atrevido a montarse en estas líneas», asegura. «Un viernes normal casi no se puede an-

dar por aquí, hoy sólo hay unas pocas caras asustadas». En la pared cuelga el lazo negro, un símbolo omnipresente en la estación. El crespón de dolor se muestra en las taquillas de billetes, en las solapas de los trabajadores y hasta en las antenas de los taxis, parados desde primera ho-

«El tren que explotó seguía allí», dice una usuaria, «no esperaba ver la muerte tan cerca»

ra a la puerta de la estación esperando las carreras que no llegan.

A la salida, la imponente Cúpula de cercanías que diseñara Rafael Moneo se ha transformado en una catedral. El distribuidor central, de planta circular, recibe flores, velas, poesías, estampas de santos, mensajes de cariño, banderas de España, gritos... «Hoy, os galegos también somos madrileños... «Para los héroes de España... «No os olvidamos...»

Todo el que llega o sale se queda unos minutos para leer, rezar o llorar ante el improvisado santuario. Una mujer musita el *Padre Nuestro*. Dos adolescentes se abrazan. Un espontáneo arranca en aplausos y rápidamente todos se suman. Silencio.

Sobre una cartulina naranja pintada con rotulador negro, Laura y Gema, universitarias, prenden cuatro velas rojas. «Nadie está a salvo de la crueldad de aquellos que quieren llenar de miedo nuestras vidas», dice su mensaje. «No sabemos si unos compañeros de clase están vivos o muertos», dice Gema. «¡Que esto sirva para algo!», grita Laura. Más aplausos.

Hanane Sakhman, ama de casa marroquí de 29 años, ha escrito «No al terrorismo» con gigantescas letras árabes. «Confío en la inteligencia de los españoles para sobreponerse». Deja su papel sobre un ramo de flores con la bandera española y el lazo negro. «No tengo palabras».

Urbano y Bernabé, dos ancianos de la parroquia de Nuestra Señora de Moratalaz, sacan, una a una, hasta 10 velas de una bolsa. «Son de amigos que nos han pedido que las traigamos. Estamos sobrecogidos».

Pablo Vaquero, 18 años. La bandera de España a modo de capa. Lloro y se muerde el puño. «Es por el dolor», acierta a explicar. «Nos han hecho mucho daño a todos». Se santigua. «He perdido a amigos de la parroquia de San Diego, en Vallecas».

En la calle, los pilares de la cúpula de Moneo son ahora ornacinas, con más flores y velas. Entrando a la cúpula, una niña rubia, de la mano de su padre, pregunta: «¿Adónde vamos, papá?». «A coger el tren, que nos vamos a casa». La vida sigue.

Una amenaza de bomba provoca de nuevo el caos en la estación

Concentración frente a la Cúpula de cercanías de Atocha, 12 horas. Reunidos los sindicatos de Renfe, la cúpula directiva de la compañía, con Miguel Corsini a la cabeza, y el secretario de Estado de Infraestructuras, Benigno Blanco. De pronto, varias unidades de policía, en coches y motocicletas, interrumpen el silencioso homenaje. Los agentes corren al grito de «¡Fuera!, ¡Fuera!». Sobre la multitud planea un helicóptero. Los que estaban en el interior del vestíbulo salen despavoridos y, en la confusión, muchos intentan subir a los autobuses que llegan en ese momento.

En unos minutos la entrada de la estación y la Glorieta están vacíos. La policía desvía el tráfico, obligando a algunos coches a despejar el camino subiéndose a las aceras. Dos ancianas corren con sus maletas, como pueden, hacia el Ministerio de Agricultura. Margarita, del puesto de churros, no ha bajado la persiana ni ha apagado la freidora. Lloro y teclea histérica su móvil. Llegan ambulancias del 112, y crecen las escenas de llanto y pánico. Pasan unos minutos de incertidumbre. Por fin, la policía permite de nuevo el acceso. El aviso de bomba ha resultado falso. Pero la línea del miedo y el caos aún es frágil.